



España: toneladas de frutas y verduras pudriéndose en el campo: el síntoma de un modelo agrario insostenible

Posted on Abril 5, 2026

La imagen es tan impactante como contradictoria: hectáreas de campos cubiertos de frutas y hortalizas en perfecto estado que terminan pudriéndose bajo el sol. Mientras el discurso público se centra en la escasez de recursos y la necesidad de infraestructuras hídricas, la realidad del mercado dicta que, a menudo, **producir sale más caro que abandonar la cosecha**. Este fenómeno no es un accidente aislado, sino la consecuencia directa de un modelo agrario que prioriza la escala sobre la sostenibilidad y que está llevando al límite los recursos naturales de España, consignó el medio The Conversation.

Un país sediento con una demanda insaciable

España es, por naturaleza, un país árido. El 67 % de su territorio se cataloga como zona árida o tierras secas, con un índice de aridez inferior a 0,65. A pesar de esta realidad climática, la demanda de agua no ha dejado de crecer en el último medio siglo, ignorando la disponibilidad real del recurso.

Esta desconexión ha situado a España en el puesto 29 de 164 en el ranking mundial de estrés hídrico. Lo preocupante es que esta escasez ya no es solo “natural”; es una escasez inducida: la brecha entre una oferta limitada y una demanda humana y económica desmedida, amparada por marcos institucionales que incentivan el regadío a toda costa.

El absurdo de “fabricar” agua para tirarla

Bajo el mantra de que “no se puede perder ni una gota de agua en el mar”, España ha construido una red masiva de infraestructuras para captar y distribuir agua. Sin embargo, este esfuerzo por transformar cada gota en riqueza choca frontalmente con los datos de desperdicio:

- Excedentes descartados (2018-2024): 483.624 toneladas de producto.
- Huella hídrica del desperdicio: Casi 36 hm³ anuales.
- Huella de carbono: 36.694 toneladas de \$CO_2\$ equivalente al año.

¿A dónde van estos descartes?

Solo el **55,4 %** llega a bancos de alimentos. El resto se divide entre alimentación animal (**32,9 %**) y la destrucción total (**11,7 %**).

Impacto por cultivos y regiones

El **tomate** lidera el volumen de descartes y el impacto en emisiones de carbono mientras que la **ciruela** es el cultivo con mayor impacto hídrico relativo. Por regiones, el podio del desperdicio lo ocupan:

1. Región de Murcia: 20,2 kt/año.
2. Andalucía: 17,9 kt/año.
3. Comunidad Valenciana: 16,7 kt/año.

La trampa de la “gran escala”

¿Por qué un agricultor dejaría que su cosecha se pudra? La respuesta está en los precios en origen. La lógica de la eficiencia económica obliga a los productores a buscar el costo unitario más bajo posible, lo que deriva en:

- Sobreproducción: Se generan volúmenes masivos para compensar márgenes estrechos.
- Recortes de costos: Se precariza la mano de obra o se ignoran obligaciones ambientales para sobrevivir.
- Espiral de endeudamiento: El agricultor se ve atrapado en un sistema donde solo los grandes actores financieros logran mantenerse a flote.

Cuando el precio de mercado cae por debajo del costo de recolección, el sistema colapsa y el producto se queda en el árbol. Es un modelo que socializa las pérdidas (como la necesidad de construir desaladoras tras agotar acuíferos) mientras concentra los beneficios en unos pocos agentes.



Sandías abandonadas en el Campo de Níjar, Almería. El acuífero sobre el que crecen ha sido sobreexplotado y la intrusión marina lo ha arruinado. Para seguir regando se ha construido una enorme desaladora en Carboneras. Jaime Martínez Valderrama , CC BY-SA

La punta del iceberg: cifras infravaloradas

Los datos oficiales del **Fondo Español de Garantía Agraria (FEGA)**, que registran los descartes subvencionados (hasta el 5 % de la cosecha), son solo una fracción de la realidad.

Un ejemplo clarificador ocurrió en marzo de 2024: mientras la prensa reportaba el abandono de 300.000 toneladas de limones en Alicante (el 30 % de la cosecha), los registros oficiales del FEGA para toda la Comunidad Valenciana apenas contabilizaban 132 toneladas.

Esta brecha evidencia que el desperdicio real es masivo y que el sistema actual no solo es insostenible

ambientalmente, sino que es incapaz de medir con precisión la magnitud de su propio fracaso.

El Maipo